

LIBROS VENEZOLANOS

De la lejana tierra venezolana, me llegan, enviados por una mano amiga, varios libros, exponentes de la joven y vigorosa literatura de Venezuela. Con interés verdadero los he leído, y con mayor curiosidad aún: pues en nuestra América pletórica de vida, vibrante de entusiasmos juveniles, las literaturas regionales, diversas a pesar de su fuente común, permanecen ignoradas unas de otras; pues si fecundo es el intelecto que cuaja en brillantes flores y sabrosos frutos literarios, débiles son aún los vínculos que nos unen, y escasas las vías a través de las cuales nuestros corazones se buscan sin lograr conocerse del todo. Avidamente, pues, he interrogado en sus páginas, el alma fraterna y lejana que vibra a pesar de la distancia con nuestros mismos ideales; ávidamente he buscado en ellos, los sentimientos, las aspiraciones, las idiosincrasias de nuestros hermanos.

Ningún lazo, ningún vínculo sólido puede estrecharse entre los pueblos de América si no empiezan ellos por conocerse; ya que el amor no es sino el hondo conocimiento de las almas a través de los accidentes materiales que las separan. Todo lo que se haga, pues, para que nos conozcamos mutuamente, intelectuales de los diversos países de América, será obra de fecunda política americanista, de fraterna solidaridad americana.

Es, pues, como un deber y con verdadero regocijo, que escribo estas líneas, para que lleguen, por lo me-

nos, al conocimiento de aquellos que los ignoran, estos nombres de escritores, que en la lejana Venezuela cultivan con el mismo entusiasmo que nosotros la flor exquisita de la literatura.

Buscando el Camino. — Libro de los veinte años llama Picón Salas a este ramillete de prosas, coleccionadas bajo este nombre y fechadas desde 1916 a 1919... Veinte años bien sazonados, por cierto: en sazón de ideas y en sazón de belleza. Artículos hay cuya musicalidad nada tiene que envidiar a la de Rodó; y otros cuya madurez espiritual cuesta creer que pertenezca a tan tierna y verde juventud. Crítica literaria, ensayo filosófico: Mariano Picón Salas no es una promesa de las letras venezolanas, sino una brillante y concreta realidad. Nada conocíamos de este escritor; como nada conocemos, por desgracia, de tantos otros que florecen en profusión de florescencia tropical en la distante y culta Venezuela. Apenas si de la remota tierra, algunos nombres han llegado hasta nosotros. Aparte Rufino Blanco Fombona, que ha salvado las pampas y los montes, los ríos y las selvas, Manuel Díaz Rodríguez, Pedro Emilio Coll, César Zurruea, Andrés Mata, Víctor Recamonde, llegaron hasta nosotros por diarios y revistas, o a través de las páginas más americanistas que las de muchos titulados americanistas, del escritor dominicano, ponderado y sagaz crítico y literato Federico García Godoy. Y, sin embargo, Venezuela, Centro América, Colombia, como el Perú, Chile, Bolivia o Ecuador, tienen una pléyade de escritores más castizos, más puros que los nuestros, pues conservan casi intacto aún el tesoro de la lengua legada por los colonizadores, sazonada apenas con matices suavemente diluídos de las razas nativas.

En nuestro Río de la Plata, en cambio, es preciso

tesaurizar avaramente las partículas de oro recogidas trabajosamente en los clásicos, refundirlas en el crisol viviente de nuestro siglo, remozarlas en nueva juventud, salvándolas al mismo tiempo, de la contaminación disolvente del medio en que se mezclan en un dialecto impuro todas las lenguas de la tierra; y después de un penoso trabajo de años afanosamente consagrados a olvidar lo que tantas razas de hablar exótico infiltraron en nuestra niñez cosmopolita, apenas conseguimos realizar una trabajosa y pesada labor sin savia y sin aliento; monótona y dura, cuando quiere ser castiza; afrancesada, cuando ligera y alada.

Mariano Picón Salas maneja su idioma castizo y puro, fino y flexible como una bien templada hoja toledana. Clásico sin rebuscamiento: sugestivo siempre, evocador de sutiles matices, grávido de ideas, caliente de emociones, "Buscando el Camino" deja en el alma el perfume de las mil flores recogidas en sus altos. Tiene algo de Rodó, algo de Montalvo, algo de Azorín; pero es siempre Picón Salas.

"Los dos Abuelos" están ahí, frente a nosotros, vivos de toda la sangre, austera e hidalga de los viejos castellanos el uno; de la gracia sutil, de la fina sal de Francia, el otro. "El Monje" es una figura bajada de una tela de Zurbarán. "El reinado de la Picardía" despliega frente a nosotros todas las corolas monstruosas que el vicio y la miseria florecen en el hampa. Paganos consejos del viejo Sileno, pero llenos de sana verdad son los encerrados en "Artistas Hombres", que dedica a nuestro compatriota el poeta Montiel Ballesteros; como en "Mozas Campesinas", en el cual se respira todo el agreste perfume, toda la fecunda vida de los campos.

"Fradique Méndez", "Osvaldo", "El Último Paganos", son glosas llenas de emoción, de fina sensibilidad, de honda comprensión, a las obras de Queiroz, de

Ibsen y de Nietzsche. Picón Salas tiene un profundo sentido de la crítica; de la crítica a lo Azorín, que suma su sensibilidad de hombre moderno a las obras que comenta, las que parecen revivir bajo su pluma con una nueva y diferente vida, llena de juventud y de entusiasmo.

Juventud potente la de este escritor que pudo dictar sabios consejos, áticos consejos en "Pintura de un vivir"; juventud rica ya en frutos sabrosos y nutritivos en los párrafos que titula "La finalidad poco americanista de una literatura", que nada tienen que envidiar a un Francisco García Calderón, a un Manuel Ugarte, a un Federico García Godoy o a un Pedro César Dominici.

Crítico sagaz, comprensivo, nutrido de lectura que abarca desde los clásicos griegos hasta la morbosa literatura francesa de *avant-guerre*; sus estudios sobre nuestro compatriota Emilio Oribe, sobre Tulio González Salas o Emilio Menotti Spósito, tienen también la fina ironía, la hábil esgrima de un Montalvo en el artículo titulado "Para don Tulio Febres Cordero"; la respetuosa admiración a un maestro en "Camino de Italia" o en "Sermones líricos de Díaz Rodríguez"; la ternura evocadora y sugestiva en el estudio sobre un libro de José Juan Tablada que titula "En un día"...

¿Es este el primer libro de Picón Salas? Nada sabemos; ni el volumen gentilmente enviado por su autor lo dice. Suponemos que sí.

Pero Mariano Picón Salas no necesita "buscar su camino", que se desenvuelve todo trazado ya, y espléndidamente promisor de triunfos frente a él. La crítica literaria y el ensayo son sus mejores éxitos. Menos nos gustan los artículos titulados "Dulce y Suave", "La Historia de Juan Pérez", "Filosofía de la Comodidad" o "La Visión de Ella".

El libro leído nos ha dejado con el deseo de leer algo más. Escriba Picón Salas, que "es suya el alba de oro", y haga llegar hasta nuestra tierra fraterna los frutos sazonados de su huerto interior.

Después de Ayacucho. — Por Enrique Bernardo Núñez.

Tal es el título de una fuerte novela llegada también de la tierra venezolana. No es esta; según lo dice el mismo autor, la primera novela que publica. Otras anteriores no han sido bien acogidas por la crítica. Nada conocíamos de este autor antes de leer esta novela, y no sabemos, por lo tanto, si tuvo o no razón la crítica para proceder de esa manera.

"Después de Ayacucho" es la epopeya venezolana de ese oscuro y sombrío período que en todas las naciones sudamericanas sucedió, como una nueva Edad Media, al ciclo heroico de la Emancipación. Período de gestación, caótico, como todo aquello que sale de un régimen claro y definido para ingresar en un nuevo orden de cosas; y que busca su equilibrio en los movimientos desordenados, durante los cuales aparecen en la superficie de las sociedades, como en un agua revuelta, las heces que dormían quietas en su profundo seno. Miguel Franco, héroe verídico de esta historia, es uno de los tantos caudillos surgidos de la nada, y sin título alguno para arrastrar a las masas. Ambicioso, servil, cobarde a veces, a veces de una bravura impulsiva e inconsciente, que más se parece a la cólera que al valor, el protagonista de esta novela es una verdadera creación. No podemos juzgarlo desde el punto de vista de la realidad histórica, porque este período oscuro permanece aún desconocido para la generalidad de nosotros, respecto a las otras naciones de nuestro continente. Figuras de caudillos locales no pasan, en ge-

neral, de las fronteras de la propia patria, salvo casos excepcionales, como lo son muchos de la historia de la República Argentina. No podemos, por lo tanto, decir si una sombra de parcialidad adultera algunas veces el carácter poco simpático de Miguel Franco; o si la ascendencia servil y mezclada de sangres diferentes; la infancia pasada entre los esclavos y los sirvientes del severo e implacable Montenegro, hidalgo chapado a la antigua, con todo el empaque, con toda la intransigencia, con todo el orgullo de casta de los viejos castellanos, modelaron exactamente el alma contradictoria de Miguel Franco. Pero sí, podemos asegurar que vive en la novela con caracteres propios: y si el estilo, a las veces irónico del autor — de una ironía que no condice con el tono realista y aún trágico en ocasiones del libro — perjudica más de una vez la clara comprensión del carácter — que podrá ser muy familiar al lector venezolano, pero que nos es a nosotros desconocido — surge, sin embargo, con relieves propios, del fondo sangriento y épico de ciertos episodios.

Más definido, como si una mayor serenidad hubiera presidido la creación de su carácter, Gaspar Montenegro es una figura definitiva. Implacable, orgulloso, de un orgullo que ante nada capitula, al sorprender a su antiguo criado en el momento en que éste intenta deshonorar a su hija, antes que matarlo como a un caballero, se contenta con ordenar a sus siervos que le apliquen cien azotes, castigo suficiente para un villano. En este episodio los rasgos salientes de Montenegro y de Franco, y aún los de Teresa Montenegro, se oponen en felicísimo contraste. La baja cobardía del segundo sólo acierta a humillarse ante su antiguo amo, al tiempo que Teresa, patricia de sangre, confiesa altivamente su amor para salvar al indigno, y el viejo hidalgo tiene palabras de verdadero aristócrata: “Teresa, antiguamente las Montenegro se enamoraban de

los héroes, de los condes feudales que volvían de las Cruzadas o de la Reconquista. ¡Ahora para ellas es indiferente un cobarde!...”

Pero en donde Enrique Bernardo Núñez descuella verdaderamente, más que en la pintura de los caracteres, es en la evocación de cuadros y de ambientes. Dos o tres episodios, sobre todo, están relatados con mano maestra. El motín en que el pueblo asalta el edificio del Congreso y dispersa a los diputados y senadores, es de un realismo impresionante. El sordo rumor de la masa descontenta, preparada de antemano por los discursos de políticos turbios, al estilo de ese Pantoja rastrero y vanidoso; la primera agresión anónima; el delirio inconsciente que se apodera poco a poco de todos y obliga a Franco porque sí, en una ebriedad de sangre y de peligro, a arrebatar la bayoneta de manos de un guardia, y a atacar, sin convicciones, lo mismo a los diputados hoy, que a los otros mañana, es el proceso real y verdadero de todos los motines populares.

Pero, donde Núñez alcanza los contornos de un verdadero poeta épico de grandes vuelos, es en la pintura de los campos desolados por la guerra civil; las aldeas incendiadas, los campos yermos y abandonados por los cuales cruza — caravana de horror, cargada de miserias y de llagas — la población que huye frente a las guerrillas, bajo un cielo plomizo y reverberante como una lápida metálica, del clima tropical. Hasta el mismo Miguel Franco se detiene un instante, presa de horror, frente a esa bíblica evocación del éxodo de un pueblo maldito; pero sólo un instante. Su alma de ave de presa calcula en un segundo el botín que representa para él la lamentable caravana de miserias: bestias flacas, que arrastran las carretas desvencijadas; puñado de oro amasado afanosamente durante años, y recogido ávidamente en la huída, como suprema espe-

ranza de reconstrucción futura; ropas escasas, que cubren los miembros llagados, enfermos, de los ancianos y de los heridos...

Y como banda de cuervos o caranchos que se ceban en los cuerpos moribundos, la tropa de Miguel Franco cae sobre la miserable fila de los que huyen y deja a su paso un tendal de cadáveres, de heridos y de mutilados; mientras la parte sana de los fugitivos, Amazonas enloquecidas de terror, llevando sobre sus cabezas el fruto de sus entrañas, se alejan en un épico galope de walkyrias, y se pierden a lo lejos entre alaridos de miedo y resonar de cascós en la tierra...

Y luego, el vivac entre los despojos, el incendio de las carretas, el abandono de los heridos y el asesinato de Recado, aplastado bajo una carreta por el mismo Franco en un acceso de miedo frente a su antiguo rival de Ocumare, y que huyendo del combate cara a cara empieza a correr alrededor del vehículo hasta que un momento favorable le permite arrojarlo sobre su enemigo y aplastarlo bajo su peso. Y el ensañamiento después, al ordenar a uno de sus negros prender fuego a la carreta, por si Recado conserva aún un resto de vida; mientras el negro, más humano, se cerciora, antes de cumplir la orden, que el cuerpo allí tendido es realmente un cadáver.

Y como éstos, muchos otros episodios, entre los cuales el ataque e incendio de la vieja casona de los Montenegro, no es, ciertamente, el menos realista, ni el menos interesante.

Sobre este fondo épico y sangriento, el amor de Miguel Franco y de Teresa Montenegro pone su perfume de flor salvaje y encantadora, hasta en el orgullo sangrante de la patricia que ordena a sus esclavos, durante el ataque, tirar contra su amante; y que luego, vencida la resistencia, pide a uno de sus amigos que la

salve del agresor, y luego, en un rapto de salvaje pasión, exclama: “¡Déjame, le amo, le amo!...”

Un hermoso libro, en resumen, a pesar de cierta oscuridad en la descripción del carácter central y de algunos episodios, como la muerte de Ignacio Montenegro, que deja en el ánimo del lector la duda de quién fué su matador; como cierto tono de ironía inoportuna que perjudica la línea general de la obra. Pequeños defectos que no alteran fundamentalmente el valor intrínseco de la obra, valiosa, además, como documento histórico. La novela no queda concluída en este tomo; el autor promete continuarla en un nuevo libro que titulará “El Caudillo”.

Dos folletos acompañan estos dos libros: una conferencia pronunciada en el Teatro Municipal de Caracas el 12 de octubre de 1918, por el eminente escritor venezolano Manuel Díaz Rodríguez y titulada “Ante la guerra y por Hispano-América” una; y dos artículos del historiador y sociólogo Laureano Vallenilla Lanz, reunidos bajo el nombre de “El Libertador juzgado por los Miopes”, y destinados a rebatir los conceptos de Carlos Villanueva sobre un punto de la historia del grande hombre americano.

Poco podemos decir de uno y de otro. No es una conferencia sobre la guerra lo que puede permitir juzgar a un escritor de obra tan vasta como Díaz Rodríguez, ni es un artículo de polémica, por bien inspirado que esté, y revele cultura en la expresión y conocimiento en el asunto, que pueda poner de manifiesto las dotes intelectuales y el prestigio de que goza un escritor como Laureano Vallenilla Lanz. Esperamos, para escribir sobre uno y otro, recibir obras de más aliento que estos dos folletos.

LUISA LUISI.